

Permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros y perseverar en la oración, con miras al nuevo hombre

Lectura bíblica: Col. 3:15-17; 4:2-4

Día 1

I. Debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones (3:12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35):

A. La palabra griega traducida *sea el árbitro* puede traducirse también “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, que actúa como un árbitro en nuestros corazones, deshace las quejas que tengamos contra otros (Col. 3:13).

B. Muchas veces nos hemos percatado de que hay tres personas que operan en nuestro ser: una que se inclina por las cosas positivas, otra que se opone a estas cosas, y una tercera que toma una posición neutral; de ahí que necesitemos de un árbitro que resuelva las disputas que hay en nuestro interior:

1. Cada vez que sintamos que los diferentes contendientes en nosotros están argumentando o disputando, debemos permitir que la paz de Cristo presida sobre nuestro ser y que esta paz, que es la unidad del nuevo hombre, nos gobierne y sea quien tenga la última palabra.
2. Debemos desechar nuestras opiniones, nuestros conceptos, y escuchar lo que nos dice el Árbitro que mora en nosotros.

Día 2

C. Si permitimos que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros; podremos disfrutar de paz verticalmente, entre nosotros y Dios, y horizontalmente, los unos con los otros:

1. Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son resueltos y las fricciones entre los santos cesan; de este modo, la vida de

iglesia será guardada en dulce armonía, y el nuevo hombre será protegido de una manera práctica.

2. La paz de Cristo que arbitra en nuestros corazones es Cristo mismo que opera en nosotros para gobernarnos, para ser quien tiene la última palabra y para tomar la decisión final (cfr. Is. 9:6-7).
3. Si nos dejamos regir por la paz de Cristo que ha sido entronizada en nuestro ser, no ofenderemos a otros ni les causaremos daño; antes bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos la vida divina a los demás.
4. Esta paz debe unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo de la paz (Ef. 4:3).

Día 3

II. Debemos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros (Col. 3:16-17):

A. Cuando la paz de Cristo arbitra en nosotros y nos guarda en perfecta unidad y armonía, nos convertimos en el lugar donde Dios habla, Su oráculo (vs. 15-16; Ap. 2:1, 7):

1. La unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable; la división hace que la palabra de Dios escasee, e incluso que cese por completo (Lv. 1:1).
2. Ya que la unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable, debemos permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones (Col. 3:15).
3. El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que ella tiene suficiente cabida en nosotros, de modo que empapa y satura todo nuestro ser; es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y reemplace todos nuestros conceptos, opiniones y filosofías (Sal. 119:130; cfr. Ap. 21:23; 22:5).

Día 4

B. Debemos dar a la palabra del Señor el primer lugar, a fin de poder experimentar las diferentes funciones que tiene la palabra de Dios mientras ésta opera en

nosotros y ministra las riquezas de Cristo a nuestro ser (Col. 3:16):

1. La palabra de Dios nos alumbra (Sal. 119:105, 130), nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y sacia nuestra sed (Is. 55:1, 8-11).
2. La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos edifica (Hch. 20:32).
3. La palabra de Dios nos perfecciona, nos hace completos (2 Ti. 3:15-17) y nos edifica al santificarnos (Jn. 17:17).

C. Al permitir que la palabra de Dios more en nosotros, podremos llegar a ser seres humanos apropiados, Dios-hombres llenos de Cristo, quien es la realidad de los atributos de Dios (Col. 3:16-25; Fil. 4:5-8).

Día 5 **III. Debemos perseverar en la oración (Col. 4:2-4):**

A. Debemos dedicar suficiente tiempo a la oración, lo cual nos permitirá absorber más de las riquezas de Cristo, la tierra todo-inclusiva (1:12; 2:6-7; 4:2):

1. Debemos dedicar tiempo a absorber al Señor, teniendo contacto con Él de una manera definida y prevaleciente (Lc. 8:13; Mt. 14:22-23; 6:6).
2. Reunirnos con Dios por la mañana no sólo significa reunirnos con Él temprano, sino también reunirnos con Él en un ambiente lleno de luz; debemos acudir a Dios a solas, sin que ninguna persona, asunto o cosa nos distraiga u ocupe nuestra atención (Pr. 4:18; Éx. 33:11a; 34:3-4; Mr. 1:35).
3. Cuando oramos, es decir, cuando nos acercamos al trono de la gracia, la gracia se convierte en un río que fluye en nosotros y nos abastece (He. 4:16; cfr. Ap. 22:1).

B. Si hemos de luchar en favor de Dios y en contra de Satanás, necesitamos perseverar en la oración (Dn. 6:10):

1. Los que tomamos partido en favor de Dios hemos comprobado que todo el universo caído se opone a nosotros y, en particular, a que oremos; la resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de

nosotros, sino también dentro de nosotros (Mt. 26:41).

2. Orar significa ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído (Lc. 18:1-8).

C. Debemos dedicar tiempos específicos para orar; debemos considerar la oración como la actividad más importante y no debemos permitir que nada interfiera con ella (Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12).

D. Debemos ejercitar continuamente nuestro espíritu, a fin de mantenernos en un ámbito de oración (Ef. 6:18; 1 Ti. 4:7; 2 Ti. 1:7; Col. 1:3, 9):

1. Debemos orar sin cesar, perseverar en la oración y, de este modo, mantener una unión íntima con el Señor (1 Ts. 5:17; Mt. 26:41; Col. 2:19).
2. Debemos inquirir del Señor hasta en los más pequeños detalles; al hacer esto perseveramos en la oración y, por ende, vivimos a Cristo (cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:6-8).

Día 6

IV. A medida que permitimos que la paz de Cristo nos gobierne y que la palabra de Cristo more en nosotros por medio de nuestra oración perseverante, Él nos saturará y reemplazará lo que somos consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales desaparezcan y lleguemos a ser el nuevo hombre en realidad (Col. 3:15-17; 4:2-3; 3:10-11).

Alimento matutino

Col. Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tiene queja contra otro. De la manera que el Señor os perdonó, así también hacedlo vosotros.

15 Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo; y sed agradecidos.

Ef. Porque El mismo es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad, aboliendo en Su carne la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz.

En Colosenses 3:15 Pablo dice: “Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo”. En Efesios 2 dice que en la cruz, Cristo hizo la paz. Debemos permitir que esta misma paz arbitre en nosotros. Esto implica que debemos abandonar nuestras opiniones. Los griegos deben olvidarse de su filosofía, y los judíos, de sus observancias. En lugar de dar tanta importancia a la filosofía y a las observancias, debemos prestar atención a la paz de Cristo que mora en nosotros. En la cruz, Cristo anuló las ordenanzas y abolió los conceptos filosóficos. Cristo abolió las diferencias que existían entre los pueblos, para crear en Sí mismo un solo y nuevo hombre. La paz que se produjo al abolirse las diferencias culturales, debe ahora arbitrar en nuestros corazones. Deberíamos permitir que esta paz sea el árbitro en nuestro interior. Cuando la paz de Cristo arbitre en nosotros, toda opinión será subyugada. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 312-313)

Lectura para hoy

Si hemos de vivir a Cristo como el constituyente del nuevo hombre, es menester que la paz de Cristo nos rija (Col. 3:12-15) y que la palabra de Cristo habite en nosotros (3:16-17). La paz de Cristo debe ser el árbitro en nuestro ser, y la palabra de Cristo debe morar ricamente en nosotros. Aún como cristianos, somos

de diversa procedencia y diferimos en cuanto a nuestros conceptos. Estas diferencias nos llevan a tener desacuerdos entre nosotros; por consiguiente, necesitamos un árbitro. Este árbitro es la paz de Cristo. Es crucial que permitamos que la paz de Cristo presida en nuestros corazones y tenga la última palabra en cualquier controversia que haya entre nosotros.

Si tenemos presente el trasfondo del libro de Colosenses, nos daremos cuenta de que entre los creyentes de Colosas había varios partidos. Un grupo abogaba por las observancias judías, mientras que otro estaba a favor del gnosticismo. Estas diferentes preferencias dieron pie a opiniones encontradas. Por esta razón, Pablo les exhortó a permitir que la paz de Cristo fuera el árbitro en sus corazones. El árbitro no debería ser sus opiniones, conceptos, elecciones o preferencias; debería ser la paz de Cristo, a la cual fuimos llamados en un solo Cuerpo.

Al abolir las ordenanzas, Cristo creó de dos pueblos distintos un solo y nuevo hombre. Ahora dentro de nosotros, los miembros del nuevo hombre, existe algo a lo que Pablo llama “la paz de Cristo”. Por lo tanto, la paz de Cristo es la unidad misma del nuevo hombre, el cual se compone de diferentes pueblos. Aparte de la obra de Cristo en la cruz, no puede haber unidad entre los diferentes pueblos. Pero Cristo, por medio de Su muerte, ha hecho la paz, es decir, Él ha producido la unidad. Esta unidad, la del nuevo hombre, está ahora dentro de nosotros. Por tanto, debemos permitir que esta unidad, la paz de Cristo, sea ahora el árbitro en nuestros corazones; dicha paz debe cumplir la función de un árbitro que resuelve todas las disputas que se presentan entre los distintos grupos. Debemos desechar nuestras opiniones, nuestros conceptos, y escuchar lo que nos dice el árbitro que mora en nosotros. No es necesario discutir ni expresar nuestras opiniones. Simplemente debemos dejar que la paz de Cristo tome finalmente la decisión.

Supongamos que varios jóvenes vivan juntos en una casa de hermanos. En lugar de argumentar cada vez que tienen problemas, deberían permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en sus corazones. Deberían permitir que esta paz actúe como árbitro y tome la decisión final. De esta manera, ellos vivirán a Cristo como el constituyente del nuevo hombre. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 274, 275)

Lectura adicional: Estudio-vida de Colosenses, mensajes 29, 32, 35

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo; y sed agradecidos.

Ef. Diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un Cuerpo, y un Espíritu...

Is. ...Y se llamará Su nombre Admirable Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de Su imperio y de la paz no tendrán fin...

En nuestra condición caída, éramos enemigos de Dios, y no había paz entre nosotros y Dios. Tampoco había paz entre los diversos pueblos de la tierra, y especialmente entre los judíos y los gentiles. Pero en la cruz, Cristo nos redimió, nos reconcilió con Dios e hizo la paz entre nosotros y Dios. Además, mediante Su muerte en la cruz, Cristo abolió las ordenanzas relacionadas con las diferentes maneras de vivir para que pudiera haber paz entre los pueblos y entre las naciones (Ef. 2:15-16). Puesto que Cristo abolió las ordenanzas, Él hizo la paz no sólo entre nosotros y Dios, sino entre los creyentes de distintas razas y nacionalidades. Me complace ver que en el recobro del Señor hay creyentes procedentes de una gran diversidad de naciones y regiones. Todos los pueblos están representados. Cristo derribó la pared intermedia de separación. Además, según Efesios 2:14, Cristo mismo es nuestra paz. Es debido a que Cristo hizo la paz, que ahora podemos disfrutar de paz tanto en nuestra relación vertical con Dios como en nuestra relación horizontal los unos con los otros. (*Life-study of Colossians*, pág. 565)

Lectura para hoy

Si no fuésemos cristianos que experimentan la transmisión de la substancia divina, no se podrían disolver nuestras opiniones conflictivas. Al contrario, las diferencias de opinión aumentarían. Esto resultaría en enemistad, en contiendas y finalmente en luchas; pero cuando fijamos nuestra mente en las cosas de arriba y experimentamos la transmisión divina, la paz de Cristo arbitra en nuestros corazones.

Cuando la paz de Cristo arbitra en nosotros, ella soluciona los problemas causados por las contiendas, los pleitos y las quejas. Estos problemas se presentan a menudo entre los esposos. Puede ser que el esposo critique a la esposa de cierto modo, y ella reaccione criticándole. Luego, la discusión se convierte en un intercambio de palabras desagradables. Es posible que después de discutir así con su esposa, el hermano sienta en su interior que el Señor lo llama a orar y a confesar sus faltas. Puede ser que ore diciendo: “Señor, perdóname por argumentar con mi esposa”. Tal vez el Señor le muestre que, además, debería disculparse con su esposa. Una vez que él le pide perdón, en ese momento experimenta la paz de Cristo, la cual comienza a arbitrar entre él y su esposa.

Una vez que la paz de Cristo sea entronizada en nuestros corazones, de modo que sea el único árbitro en nosotros, tendremos paz con Dios, verticalmente, y con los santos, horizontalmente. ¡Alabamos al Señor por la paz que disfrutamos, y porque en esta paz es salvaguardada la vida de iglesia como el nuevo hombre! ... La unidad que existe en una iglesia local y entre las iglesias no se guarda por medio del esfuerzo humano, sino únicamente mediante la paz de Cristo que arbitra en nuestro interior. No nos compete a nosotros dirigir ni asegurar la existencia del recobro del Señor. Todas las iglesias y el recobro en general se encuentran bajo el gobierno de la paz de Cristo. Cristo en nosotros es la gracia que nos abastece y la paz que arbitra.

Debemos permitir primeramente que la paz de Cristo sea entronizada en nosotros. No le pida al Señor que ejerza Su dominio soberano sobre su cónyuge ... Si permitimos que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones, nuestra vida matrimonial, nuestra vida familiar y la vida de iglesia se conservarán en unidad.

Espero que todos nos sintamos motivados a fijar nuestra mente en las cosas de arriba, a fin de que la transmisión celestial infunda en nuestro ser la substancia divina, con miras a la renovación del nuevo hombre. Entonces, Cristo como paz arbitraré en nuestros corazones, y el Señor podrá edificar el nuevo hombre y preparar la novia para Su venida. (*Life-study of Colossians*, págs. 565-568)

Lectura adicional: Life-study of Colossians, mensaje 63

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. La palabra de Cristo more ricamente en vosotros en 3:16-17 toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él.

Sal. La exposición de Tus palabras alumbrará; hace entender a los simples.

Debemos permitir también que la palabra de Cristo habite en nosotros, que more en nosotros, que haga su hogar en nosotros. Debemos estar dispuestos a abandonar nuestros conceptos, nuestras opiniones, y cederle el lugar a la palabra de Cristo. Si queremos que la palabra de Cristo habite en nosotros, debemos vaciar todo nuestro ser interior. Todas nuestras partes internas — nuestra mente, nuestra parte emotiva, nuestra voluntad, nuestro corazón y nuestro espíritu— deben estar vacías y disponibles para ser llenas de la palabra de Cristo. Esta palabra no solamente debería morar en nosotros, sino también habitar en nosotros, hacer su hogar en cada parte de nuestro ser.

Si hemos de vivir a Cristo como el constituyente del nuevo hombre, es necesario que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestro corazón, y que la palabra de Cristo sea el contenido de nuestro ser. Oramos para que todos los santos en el recobro del Señor le den lugar a la paz de Cristo, la cual arbitra, y a la palabra de Cristo, la cual mora en nosotros. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 275-276)

Lectura para hoy

Colosenses nos muestra claramente que la paz de Cristo es nuestro árbitro interno. Este árbitro debe solucionar todo conflicto interno que se suscite en nuestro ser. Por ejemplo, tal vez a algunos hermanos chinos les guste visitar Chinatown. No obstante, al hacer esto, puede ser que pierdan su paz y se suscite en ellos un conflicto interno. Por lo tanto, es necesario que estos hermanos presten atención al árbitro, a la paz de Cristo que preside dentro de ellos. Cada vez que sintamos que las diferentes partes dentro de nuestro ser están argumentando o se están

peleando, debemos permitir que la paz de Cristo, que es la unidad del nuevo hombre, gobierne dentro de nosotros. Permitamos que esta paz, esta unidad, tenga la última palabra.

La palabra de Cristo abarca todo el Nuevo Testamento. Debemos ser llenos de esta palabra, lo cual significa que debemos permitir que la palabra de Cristo more en nosotros, que habite en nosotros, que haga su hogar en nosotros ... La palabra del Señor debe hallar amplia cabida en nosotros, de modo que pueda operar en nuestro ser y suministrarnos las riquezas de Cristo. Aun más, la palabra de Cristo debe morar en nosotros ricamente. Las riquezas de Cristo (Ef. 3:8) se hallan en Su palabra. Y esta palabra que es tan rica, debe morar en nosotros ricamente. La palabra de Cristo debe tener plena libertad para operar dentro de nosotros. No debemos limitarnos a recibirla para después confinarla en una pequeña área de nuestro ser. Al contrario, debemos darle toda la libertad de operar dentro de nosotros. De esta manera, la palabra habitará en nosotros y hará su hogar en nosotros.

Algunos santos aprecian mucho la Biblia y la leen diariamente, pero en su vida diaria son sus conceptos, opiniones y filosofías los que actúan dentro de ellos, y no la palabra de Cristo. Tal vez estudien la Biblia, pero no permiten que la palabra de Cristo more en ellos. Tampoco permiten que opere, actúe y penetre en su ser. Como resultado, lo que prevalece en su ser es su filosofía, y no la palabra de Cristo. A pesar de que leen la Biblia, la palabra de Dios permanece fuera de ellos. Es crucial que le permitamos a la palabra de Cristo entrar en nosotros, morar dentro de nosotros y reemplazar nuestros conceptos, opiniones y filosofías. Debemos orar: “Señor Jesús, estoy dispuesto a abandonar mis conceptos. Yo quiero que Tu palabra halle cabida en mí. Estoy dispuesto a renunciar a mis opiniones y a mi filosofía. Yo quiero que Tu palabra prevalezca en mí. No quiero que prevalezcan mis conceptos”.

No podemos separar la palabra de Cristo de Su arbitraje. El árbitro resuelve las disputas con su palabra. Debemos presentarle nuestro caso al árbitro y escuchar su palabra. Esto significa que debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones y que la palabra de Cristo more en nosotros. Entonces rebozaremos de cánticos y acciones de gracias. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 253, 255-256)

Lectura adicional: Estudio-vida de Colosenses, mensajes 29, 32-33, 64

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. La palabra de Cristo more ricamente en vosotros en 3:16 toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios.

Hch. Y ahora os encomiendo a Dios, y a la palabra de Su 20:32 gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia entre todos los que han sido santificados.

Jn. Santificalos en la verdad; Tu palabra es verdad. 17:17

La palabra de Dios nos edifica unos con otros. Ya que somos miembros de la iglesia, el Cuerpo, todos necesitamos ser edificados. Pero debido a nuestras peculiaridades, les es difícil a los demás relacionarse con nosotros, mucho menos ser edificados con nosotros. No obstante, la palabra de Dios puede afectarnos interiormente y permitir que seamos edificados en la iglesia. Debido a nuestras peculiaridades, no podremos ser edificados de esta manera a menos que la palabra de Cristo more en nosotros. Aunque la paz de Cristo arbitre en nosotros, no es la paz la que nos edifica. La paz es la que nos guarda en una condición apropiada para que la palabra de Dios realice su obra de edificación. Puesto que la palabra de Cristo es lo que nos edifica, me siento urgido, con carga de hablar la palabra de Dios. Cuanto más se proclame la palabra de Dios entre nosotros, más edificación habrá. (*Life-study of Colossians*, pág. 574)

Lectura para hoy

En 3:16 Pablo nos exhorta a permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros. La palabra griega traducida “more” significa habitar, hacer su hogar. Esto implica que debe ser factible el que la palabra de Cristo haga su hogar en nosotros.

Para que un lugar determinado se convierta en nuestro hogar, debemos sentirnos con libertad de hacerle todos los cambios que consideremos necesarios. Si queremos conservar algo en particular, podemos hacerlo; pero si queremos echar algo a la basura, debemos tener la misma libertad de hacerlo. Si no tenemos esta libertad, no podremos hacer de ese lugar nuestro hogar. Asimismo, si queremos que la palabra de Cristo haga su hogar en nosotros, debemos concederle plena libertad y acceso para ello.

Debemos orar: “Señor, te ofrezco todo mi ser a Ti y a Tu palabra. Te doy acceso a cada parte de mi ser interior. Señor, haz de mi ser un hogar donde puedas morar Tú y Tu palabra”.

Todos debemos admitir que muchas veces la palabra del Señor ha venido a nosotros, pero no le hemos dado suficiente cabida en nuestro ser. Al contrario, la limitamos y la restringimos. Otras veces sí recibimos la palabra de Dios, pero no le damos la libertad de hacer su hogar en nosotros. Permítame hacerle la siguiente pregunta: ¿En su experiencia, qué es lo que ocupa el primer lugar: la palabra de Dios o usted? No creo que nadie pueda decir que le da siempre el primer lugar a la palabra de Dios. Tal vez en ocasiones le demos la preeminencia a la palabra de Cristo y permitamos que ella ocupe el primer lugar. No obstante, la mayoría del tiempo somos nosotros quienes ocupamos el primer lugar. De una manera secreta reservamos el primer lugar para nuestro yo. Tratamos de dar a otros la impresión de que el primer lugar lo reservamos para la palabra de Dios, pero secretamente lo reservamos para nosotros.

Supongamos que usted esté leyendo Mateo 19:16-22 ... Mientras lee este pasaje de las Escrituras, es posible que el Señor le pida que abandone ciertas cosas. Esto pondría a prueba qué es lo que ocupa el primer lugar, si es el “yo” o la palabra de Dios. Muchos de nosotros sabemos por experiencia lo difícil que es concederle el primer lugar a la palabra de Dios. Es por eso que necesitamos de la gracia del Señor. Debemos volvernos al Señor y decirle: “Señor, yo no puedo hacer esto, pero Tú sí puedes. Confío en Ti con respecto a este asunto”.

Los asuntos relacionados con la vida cristiana apropiada, según se mencionan en Colosenses 3, siguen una secuencia excelente. Primero, Pablo nos exhorta a fijar nuestra mente en las cosas de arriba. Una vez que hacemos esto, comenzamos a recibir la transmisión celestial y a experimentar la renovación del nuevo hombre. Entonces Cristo llega a ser la paz que arbitra en nosotros y resuelve todo conflicto. Además de esto, la palabra de Dios nos llena y hace su hogar en nosotros. Finalmente, la palabra de Dios que mora en nosotros producirá el amor, la sumisión y todas las demás virtudes que son esenciales para la vida humana. Así debe ser nuestro andar cristiano. (*Life-study of Colossians*, págs. 575, 576-577, 578)

Lectura adicional: Estudio-vida de Colosenses, mensajes 33, 64

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. Perseverad en la oración, velando en ella con acción 4:2-4 de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que Dios nos abra puerta para la palabra, a fin de anunciar el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar.

Mt. Una vez despedidas las multitudes, subió al monte, a 14:23 solas, a orar; y cuando llegó la noche, estaba allí solo.

He. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la 4:16 gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Si hemos de luchar del lado de Dios en contra de Satanás, es necesario que perseveremos en la oración. Perseverar en la oración es un requisito indispensable debido a que ... el universo entero se halla bajo el control de Satanás y es contrario a la voluntad de Dios. De allí que exista una corriente poderosa en el mundo que es contraria a la voluntad de Dios. Nosotros, quienes estamos del lado de Dios, percibimos que todo el universo se opone a nosotros, y específicamente, se opone a que oremos.

Ahora que hemos visto la enorme resistencia que hay en contra de la oración, hablemos de cómo perseverar en la oración de manera práctica. Antes de proponerse perseverar en oración, usted debe hacer un trato con el Señor con respecto a su vida de oración. Ore de una manera específica diciendo, por ejemplo: “Señor, he decidido tomar en serio el asunto de la oración. En presencia de los cielos y la tierra declaro que a partir de hoy llevaré una vida de oración. Estoy resuelto a dejar de ser alguien que no ora; antes bien, seré una persona de oración”. Mientras usted no ore así, no podrá perseverar en la oración. (*Life-study of Colossians*, págs. 580-582)

Lectura para hoy

Después de hacer este trato con el Señor con respecto a la oración, deberíamos apartar tiempos específicos para orar. Por ejemplo, podríamos dedicar diez minutos cada mañana. Durante este tiempo, la oración debe tener absoluta prioridad. Debemos considerar la oración como la actividad más importante que

tenemos y nada debe interferir con ella. Si no adoptamos esta actitud, nuestra vida de oración no será eficaz. Por más cosas que tengamos que hacer cada día, podemos dedicar algunos minutos en distintos segmentos del día para orar. Por ejemplo, podemos orar un poco por la mañana, después al mediodía, luego al llegar del trabajo y, finalmente, orar otro poco en la noche. Si apartamos para ello momentos específicos durante el día, podremos dedicar hasta media hora a tal clase de oración.

Cuando usted ore durante algunos de los momentos fijados de antemano para ello, debe desconectar el teléfono. Esto le ayudará a eliminar las distracciones. El tiempo de oración no es un tiempo para recibir llamadas telefónicas. Además, tampoco debe contestar si alguien llama a la puerta. El tiempo que usted ha apartado para el Señor debe ser usado sólo para la oración y nada más. Usted debe ser firme y perseverante al respecto.

Cada vez que oramos, entramos en el Lugar Santísimo y nos acercamos al trono de la gracia [He. 4:16] ... Acudimos al trono de la gracia por medio de la oración. Cuando nos acercamos al trono de la gracia, recibimos misericordia y gracia para el oportuno socorro. Al acudir en oración al trono de la gracia, la misericordia y la gracia se convierten en un río que fluye en nosotros y nos abastece. ¡Cuán gratificador es esto! En realidad, experimentar el fluir de la gracia en nuestras oraciones resulta más importante aun que ver nuestras oraciones contestadas. La respuesta a nuestras oraciones se convierte en algo secundario para nosotros, y lo primordial es que, desde el trono, la gracia pueda fluir como un río en nuestro ser.

Hemos visto que para llevar un andar cristiano normal, debemos fijar nuestra mente en las cosas de arriba, experimentar la renovación del nuevo hombre, dejar que la paz de Cristo arbitre en nosotros y permitir que la palabra de Cristo more en nosotros. Sin embargo, estos cuatro asuntos dependen de la oración; es decir, si queremos practicarlos y experimentarlos, tenemos que orar. La oración nos conduce a la realidad de estos cuatro asuntos y nos guarda en dicha realidad. (*Life-study of Colossians*, págs. 582-583, 584, 585)

Lectura adicional: Estudio-vida de Colosenses, mensajes 30, 47, 52-53, 65; *Contacting the Lord, Being Filled in Spirit, and Having Proper Christian Meetings for the Accomplishment of God's Eternal Purpose*, cap. 3

Iluminación e inspiración: _____

Alimento matutino

Col. Perseverad en la oración, velando en ella con acción 4:2 de gracias.

1:3 Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Fil. Por nada estéis afanosos, sino en toda ocasión sean 4:6 conocidas vuestras peticiones delante de Dios por medio de oración y súplica, con acción de gracias.

1 Ts. Orad sin cesar.

5:17

Si queremos experimentar a Cristo y vivirlo, debemos permanecer inmersos en un ambiente de oración. Muchos de nosotros podemos testificar que la oración nos lleva a nuestro espíritu, donde somos uno con el Señor y lo tomamos como nuestra vida. Esta experiencia es tan preciosa que cuando la disfrutamos, no queremos que acabe. Nos gusta permanecer en el espíritu para ser uno con el Señor. Sin embargo, en cuanto termina nuestro tiempo de oración, generalmente volvemos a vivir conforme a nuestro hombre natural. Dejamos de estar inmersos en un ambiente de oración y automáticamente volvemos a esforzarnos por ser santos, espirituales y victoriosos. Cada vez que fracasamos, nos arrepentimos, confesamos al Señor y decidimos intentarlo de nuevo. Ésta no es la manera de vivir la vida cristiana. Por el contrario, nuestro diario vivir debe ser idéntico a nuestra experiencia en los momentos de oración genuina. Cuando oramos inmersos en el espíritu, somos uno con el Señor, disfrutamos de Su presencia y lo vivimos espontáneamente. Somos santos, espirituales y victoriosos sin hacer ningún esfuerzo. Ya no tenemos ningún problema ni ansiedad. Creo que todos nosotros hemos tenido esta clase de experiencia en la oración. (*Estudio-vida de Colosenses*, pág. 352)

Lectura para hoy

Las experiencias que tenemos cuando oramos genuinamente deberían ser el modelo de nuestra experiencia diaria con el Señor. Esto quiere decir que lo que experimentamos en nuestra vida diaria debería ser idéntico a lo que experimentamos en los momentos de oración. Sin embargo, la mayor parte del tiempo vivimos conforme a la vida natural, y no según Cristo. Para vivir a Cristo, es necesario perseverar en la oración, orando sin cesar. Debemos permanecer en un ambiente de oración. Es allí donde somos un solo espíritu con el Señor. Él es nuestra vida, nosotros lo vivimos a Él, y espontáneamente somos santos, espirituales y

victoriosos. En tales casos, no estamos preocupados por guardar el equilibrio. En lugar de normas, principios y reglas, tenemos a Cristo de una manera concreta y práctica. Cada vez que permanecemos en un ambiente de oración, somos uno con Cristo, y Él es nuestra vida. Esto es lo que significa vivir a Cristo.

En lugar de tratar de refinarnos, necesitamos llevar cierta clase de vida que exprese a Cristo directamente. Dios no nos dio santidad, victoria ni espiritualidad; Él nos dio a Cristo, una persona viviente y todo-inclusiva. Lo que Dios desea es esta persona, y no ninguna virtud o atributo. Por consiguiente, nuestra necesidad es tener contacto con esta persona viviente en oración. Luego necesitamos mantenernos en una actitud de oración. Si hacemos esto, viviremos a Cristo espontáneamente. Además, seremos libres de nuestra cultura sin tener que estar preocupados por ajustarnos o corregirnos. Todo lo que no es Cristo se desvanecerá. Cristo será todo lo que necesitamos: vida, luz, gracia, consuelo, salud, fuerza, humildad, paciencia, bondad, mansedumbre. Cuando lo tenemos a Él, tenemos todos los atributos divinos y las virtudes humanas. Además, en nuestra experiencia, la Biblia llega a ser viviente y llena de luz.

La manera de vivir a Cristo consiste en que por medio de la oración tengamos contacto con Cristo, quien es el Espíritu vivificante que mora en nosotros. Si nos ejercitamos para orar hasta lograr mantenernos en un ambiente genuino de oración, viviremos espontáneamente a Cristo. Yo puedo testificar que esto es real y que todos podemos experimentarlo.

Para vivir a Cristo es necesario orar sin cesar. Tan pronto como dejemos de orar, dejaremos de vivir a Cristo. Quisiera insistir una y otra vez en que es sólo al mantenernos en un ambiente de oración que podemos vivir a Cristo. Por eso, cada aspecto de nuestro diario vivir debe estar inmerso en esta atmósfera, donde nosotros y Cristo podemos ser verdaderamente uno. En tal atmósfera, Cristo es hecho real y concreto para nosotros y está a nuestra disposición, al punto que podemos percibirle con claridad. Es en esta atmósfera donde Cristo puede ser nuestra vida de manera práctica. Es aquí que lo vivimos a Él y disfrutamos de todo lo que Él es para nosotros. Este Cristo es inescrutable e ilimitado. En nuestra experiencia, somos uno con Él, tenemos contacto con Él y disfrutamos de todas Sus riquezas. De este modo, vivimos a Cristo espontáneamente. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 351-353)

Lectura adicional: Estudio-vida de Colosenses, mensajes 28, 39

Iluminación e inspiración: _____

Redacción de una profecía con un tema central e ideas secundarias: _____